

REPORTAJES FÚNEBRES¹ (EN EL CEMENTERIO DE TODOS LOS SANTOS)

Con el Sr. Tillmanns²

Nos llamó la atención una tumba que semejaba un arsenal de artillería.

Interrogamos a nuestro *cicerone* (un despabilado agente de pesquisas), quien nos dijo ser la del Ejército y la Marina. (Se verá que como buen polizonte no sabía nada de verdad).

Un pabellón de fusiles Mauser ostentaba en cada boca manojos de pensamientos. Dos cañones Krupp se perdían en la hiedra.

Llamamos respetuosamente a la puerta.

—¿Podríamos interrogar a los héroes de la Marina?

—No, señor, porque el que aquí descansa no ha sido jamás marino, ni siquiera de agua dulce.

Puede dirigirse a la plaza Sotomayor, frente al muelle...

—¿Quién vive aquí, entonces?

—Nadie, señor. Aquí no *vive* nadie.

—Queríamos decir, quién reposa aquí.

—Nadie señor. Aquí no reposa nadie, porque desde que fui asesinado, he permanecido en guardia contra las raterías. La segunda noche de mi estadía en ésta vino un agente de seguridad y me sacó un pantalón. Nunca me figuré que a los pantalones los llamaran pistas del crimen.

—¿Podríamos saber quién le dio aquellas puñaladas?

—El que estaba en la bóveda de mi escritorio³.

—Ya lo sabemos eso, ¿pero no le conoce?

—No señor. No me dijo su nombre al matarme.

—¿Tenía Ud. enemigos en vida?

—No, señor. Después, sí...

—¿Cómo después?

—Después de mi muerte, señor.

—¡Ah, enemigos póstumos!... ¿Quiénes serán ellos?

—Los periodistas en primer lugar. Han dicho en los diarios que yo era simpático, que prestaba al 200%⁴ y que leía *El Mercurio*⁵. En segundo término, el juez Santa Cruz, que es un intruso, ha registrado mi caja de fondos y ha preguntado a los rateros las interioridades de mi vida⁶. ¿Son mis secretarios los rateros?

¹ Juan Perezza, "Reportajes fúnebres", *La Comedia Humana*, Santiago-Valparaíso, número 32, 4 de noviembre de 1905.

² El señor Tillmanns refiere a una de las supuestas víctimas de Emile Dubois, Reynaldo Tillmanns. El crimen está fechado el 4 de septiembre de 1905.

³ Esta referencia confirma la relación de Tillmanns con el crimen atribuido a Dubois, ya que así tal cual fue reseñado en los medios, por más que no se refiera a Tillmanns con su nombre.

⁴ Referencia a la usura, lo que Dubois castiga, según su mito.

⁵ Medio históricamente muy poco apreciado por las clases trabajadoras en tensión social.

⁶ Esta "intromisión" del juez Santa Cruz estaba motivada por la necesidad de hallar al victimario no solo de Tillmanns sino también de Ernesto Lafontaine, Isidoro Challe y Gustavo Titius. Se había insertado en la opinión pública que los crímenes los había cometido la misma mano, y más aún, que había un asesino en serie que amenazaba la clase alta, extranjera y comercial, porque los crímenes de las clases bajas eran puñaladas de ebrios, no así un trabajo sistemático. Dubois, a su manera, fue la primera amenaza singular para la clase alta porteña. Él y sus abogados, en el proceso que comienza en junio de 1906 con su captura, también apuntaron a lo mismo que señala la voz impostada de Tillmanns en "Reportajes fúnebres", refiriéndose al juez Santa Cruz como alguien obsesionado por hallar un culpable.

- ¿Prestaba Ud. con interés?
 —Sí, señor.
 —¿Con qué interés?
 —Con el interés... de que me devolvieran lo prestado.
 —¿Tenía otro interés además?
 —No, señor. Tengo ahora uno...
 —¿Cuál sería?
 —El de que uds. no me sigan molestando...
 —¿Escasea a Ud. el tiempo?
 —Sí, señor. Y también la paciencia.

Nos desentendimos prudentemente de tales indirectas para inquirir algunos datos importantes. Al efecto, le dijimos ser representantes de *La Comedia Humana*.

—¿De *La Comedia Humana*?

—Sí, señor.

—Entonces nada tiene que ver conmigo.

—¿Por qué, señor Tillmanns?

—Porque para mí ya terminó la comedia. Además no me resultó comedia: me tocó un desenlace dramático...

—La Comedia de nosotros es humana, pero no dramática.

—Tampoco me importa: aquí no hay nada humano, ni es humano reportear a los muertos.

No reportemos más: el señor Tillmanns nos estaba tomando el pelo...

Con un muerto del 12 de mayo⁷

—¿Es usted un difunto del 12 de mayo, que reside aquí?

—Sí, señor y demócrata, miembro de la Mancomunal, de la Sociedad de Vaporinos⁸, Director de la Liga Obrera, Candidato por la comuna *Calaguala*, colaborador de *La Voz del Pueblo*⁹, orador popular¹⁰ y cargador de la playa...

—¿Qué podría decirnos Ud. del impuesto al ganado argentino?

—Lo que Uds. quieran, pues. En las sesiones de la Liga, yo me atracaba siempre al parecer de mi compadre, que ahora dicen que es *Alcalde*.

—¿De modo que Ud. no tiene opinión propia sobre el asunto?

—¡Eso sí que no! Yo tengo todo propio. En lo único que no estaba de acuerdo con Magno Espinosa¹¹, cuando me predicaba *que la propedad es un robo y que la impropiación es una necesidad*. En vida yo tenía mi casa buena propia, mis hijos propios...

—Entonces ¿qué piensa Ud. del impuesto al ganado?¹²

—Lo que Uds. quieran, ¿no les digo, pues?

—¿No encuentra Ud. que el precio de la carne ha subido mucho?

—No señor, porque aquí en este cementerio no hay carnicerías. Además, la poca carne

⁷ Esta fecha se refiere al 12 de mayo de 1903, día en que una turba intentó un asalto a *El Mercurio de Valparaíso*. Desde el interior del edificio se les disparó, cayendo muertos anónimos. La importancia del acontecimiento queda tácita: no se necesita más explicación en la presentación de este fallecido, se sabe que es uno de los muertos de aquel día.

⁸ Principal gremio movilizado en la fecha referida.

⁹ Medio de prensa obrero con el que también colaboraba Carlos Pezoa Véliz.

¹⁰ Una figura bastante común hacia 1900, que en cualquier espacio público podía hablar.

¹¹ Dirigente anarquista fundamental en la época.

¹² El consumo de carne estaba restringido por su alto costo.

que sacan los *pequeneros* la benefician de balde.

—¿No estima que la viuda e hijos suyos tengan que pagar demasiado caro los bisteches que consumen?

—No señor, porque... Sólo comen frejoles.

—¿Quiénes son los perjudicados con la carestía de la carne?

—Los que puedan pagarla

—¿Y quiénes serían los beneficiados?

—¿*Beneficiados*? Es claro que los animales...

—No, señor difunto. Queremos decir quiénes sacarían provecho de la carestía.

—Los animales también... ¿No ve usted que no consumiendo carne los pobres, salvaríanse del matadero muchos piños?

—¿Quiénes más aprovecharían del impuesto?

—Los caballos.

—¿Por qué?

—Porque se cansarían del servicio público...

—No vemos claro, ilustre huelguista ¿cómo dejarían de trabajar al servicio de los carretones por el hecho de subir la carne?

—¡Vaya pues, señor, que es inocente! ¿No ve Ud. que el pueblo comería caballos? Naturalmente que matándolos ya no trabajarían...

—¡Ah, sí! Sería ese el descanso eterno...

—Exacto.

—¿Tiene Ud. conocimiento de los últimos sucesos de Santiago?

—Sí, señor.

—¿Por quién?

—Por *El Mercurio*.

—¿Llega aquí ese diario?

—Es claro, como que es el diario con mejor servicio.

—¿Está Ud. suscrito?

—No, señor. Todos los que morimos en el asalto al *Mercurio*, recibimos una suscripción eterna, por vía de indemnización...

—¿Quién tiene la culpa, a su juicio, de aquel sangriento motín?

—A *mi juicio*, nadie: ya saben Uds. que los difuntos no tenemos más juicio que el final.

En estos momentos llegó hasta la tumba un suplementero con *El Herald* del día. Nuestro interlocutor desapareció inmediatamente “bajo la losa fría de su tumba”... No hallamos qué pensar de esta retirada. Pero más lejos nos explicaron: el mismo diario que en los sucesos del 12 de mayo fue defensor de los huelguistas, es partidario ahora de la “incineración del pueblo”.

Se ve claro entonces, que hay cosas para indagar a los mismos difuntos...

Con un varioloso

Casi en las puertas de una sepultura fastuosa, sentimos un ruido que nos puso en cuidado. Era nada menos que un ratero difunto, en son de pillaje o en actitud de *expropiar* las vestimentas de un muerto ilustre.

Llevaba en la derecha una llave ganzúa y en la izquierda... un permiso para cargar armas prohibidas. Cuando le sorprendimos se puso “pálido, como muerto”.

—¿Quién es Ud. difunto canalla, ladrón empedernido, que prolonga sus hazañas hasta más allá de la tumba?

—¿Yo, patroncito?
—¡Tú, miserable!
—Yo no soy... Yo soy... es decir. Voy a icirle altiro quién soy; pero pa eso no es preciso que iga ni una *filosofía*... Mire señor, que algunas veces los entra mal genio con los futres...
—Bueno, entonces: Dinos, quién eres.
—Yo soy un *valorioso*, como decía el dotor Artaburruaga.
—¿Qué edad tienes?
—Tengo 30 años de vida.
—¿Cómo de vida?
—Quiero decir que esa edad tenía cuando me morí de la peste.
—¿Y cuántos meses de... muerto, tienes?
—Cuatro meses, patrón.
—¿Eres vacunado?
—Sí, señor.
—¿Te brotó la vacuna?
—Sí, señor. Me salió este brotecito (mostrándonos la llave ganzúa...).
—¿Quién te vacunó?
—El “Pocas Charchas” que hacía de *dotor* en la compañía donde estaba.
—¿Alguna compañía ganadera?
—Sí, patrón, porque se ganaba “un algo”.
—¿De qué te vino la peste?
—De haberle pedido un fósforo a un *apestao*, en la Avenida del Brasil.
—¿De eso no más?
—Claro que no. Cuando él sacó la caja, yo le saqué el alma de un garrotazo.
—¿Qué más le sacaste?
—El chaleco y los pantalones.
—¿Tenía algo el chaleco?
—Un *relós*...
—¿Y los pantalones tenían alguna cosa?
—Sí, señor: la viruela...
—¿Dónde sentiste los síntomas?
—En... la comisaría, patrón.
—Te pregunto en qué parte del cuerpo.
—En los pies...
—Es raro eso. ¿Los síntomas de la peste en los pies?
—Vaya, patrón. ¿Pa que se está haciendo lesa? Los síntomas de la comisaría se sienten al trote cuando uno “las va echando”.
—¿Te condenaron por robo?
—A 61 días de prisión.
—¿Los cumpliste?
—Claro que no, porque me conmutaron la pena, por otra.
—¿Cuál fue la otra?
—Prisión perpetua en... la fosa común.
—¿Has ganado con el cambio?
—Me parece, pues; aquí uno roba por cuenta propia, sin que le cobren *reparto* los de la pesquisa.
—Verdad, señor ladrón: aquí tampoco tienen la vigilancia del juez Santa Cruz.
—Eso no, porque aquí en el cementerio lo que más abunda; y esta santa cruz de la

justicia divina le entra más “el habla” a uno que aquella de la justicia porteña.

—¿Llevas permiso para cargar armas prohibidas?

—Sí, señor.

—¿La obtuviste cómo?

—Me la *inteligenció* con un Sr. Titius¹³, que mataron con permiso y todo.

—¿Por quién está firmada?

—Creo que ice la firma: Fernando Blanco.

—¡Ah! ¿Y para qué usas el permiso?

—Més que pregunta: ¡Claro que pa cargar la ganzúa!

¹³ Otra supuesta víctima de Dubois.